

BREVES INSTRUCCIONES PRÁCTICAS

PARA EL INVESTIGADOR FOLKLORISTA

I

PRELIMINARES

¿Qué cosas deberíamos buscar y recoger?

Folklore, en el sentido más amplio de la palabra, es el saber popular. Como ciencia, es el estudio razonado de la cultura que, sin necesidad de ninguna actual enseñanza oficial, posee el pueblo; es el estudio de las manifestaciones espontáneas y aun de aquellas otras que, sin ser espontáneas, ha poseído el pueblo por algún tiempo, las ha asimilado y apropiado. Aquí entendemos por cultura el conjunto de valores mentales que un pueblo posee en una época dada.

Deberíamos, por lo tanto, investigar todas las formas de actividad que exigen factores de orden intelectual. Así, serán objeto de nuestras indagaciones los conocimientos populares en los diversos ramos de la ciencia, de la historia, de la mitología, de la religión, según se contienen en las creencias, leyendas, cuentos, fábulas, recetas de medicina popular, fórmulas de conjuros, canciones, proverbios, adivinanzas, frases hechas, refranes, nombres de lugares, ritos, costumbres y juegos infantiles. También deberemos estudiar las modalidades populares en la expresión de los sentimientos naturales y artísticos (p. e., en la música) y aun trabajos y técnicas de carácter utilitario;

pues el pueblo expresa su pensamiento, no sólo por medio de la palabra, sino también por el de sus industrias y artes: en las producciones artísticas e industriales pone juntamente su mano y su inteligencia.

¿Dónde hemos de buscar materiales folklóricos?

Así como el mineralogista y el paleontólogo recogen los materiales de sus respectivas ciencias en los estratos de la tierra, en yacimientos que acá y allá muestra el subsuelo de nuestro planeta, del mismo modo el folklorista ha de buscar y recoger los suyos en las profundidades sociales, en el subsuelo de nuestro pueblo, allá donde se ha dejado sentir apenas la absorbente influencia de la cultura contemporánea. Aquellas personas que por su condición social se han mantenido un tanto aisladas del trato de gente ilustrada, y que para satisfacer su natural curiosidad no buscan novedades en los diarios ni en los libros, sino que se han hecho eco de la tradición en la cual beben buena parte de sus conocimientos, serán generalmente las que mejor nos informarán en nuestras averiguaciones. Además deberíamos tener presentes las condiciones de lugar, tiempo y oficios. Así en un país montañoso los accidentes geográficos se prestan a crear y conservar leyendas que en vano buscaríamos entre la gente que habita las grandes llanuras; cada estación del año, cada mes, cada fiesta tienen su peculiar folklore, y recuerdan a su tiempo creencias y costumbres que permanecen olvidadas en otras ocasiones; finalmente, un labrador nos hablará de cosas propias de su oficio con la competencia que seguramente no tendrá en las del mar.

II

ALGUNAS REGLAS ÚTILES

PARA LAS INVESTIGACIONES FOLKLÓRICAS

Para que nuestra labor sea ordenada, útil y provechosa, conviene someternos a ciertas reglas, cuya escrupulosa observancia constituirá

muchas veces la clave de nuestros éxitos. He aquí algunas que me parecen más importantes.

Reglas generales

1. El que trate de realizar investigaciones folklóricas, ha de conocer la lengua del pueblo con quien necesariamente habrá de comunicar. Por excelente que sea la preparación del investigador, si desconoce la lengua, no conseguirá mucho éxito, puesto que no podrá llegar al espíritu del pueblo. El empleo de intérprete no es recomendable, porque el intérprete no conoce el alcance de la materia, ni sabe plantear las cuestiones en la forma debida.

2. Es preciso inspirar confianza a aquellos a quienes hayamos de hacer nuestras preguntas acerca del saber popular, dándoles muestras de que hacemos aprecio de sus datos; pues de otra suerte nos ocultarían muchas cosas por temor al juicio de personas extrañas. Esto no quiere decir que hayamos de mirar todas las ideas y sentimientos del pueblo con aquella aquiescencia y respeto que podrían interpretarse como un signo de adhesión a las supersticiones y prácticas que observa.

3. Nos guardaremos de influir en el ánimo de nuestro informante, mostrándole de antemano el deseo de obtener una determinada respuesta.

4. Conviene estar constantemente atentos al objeto de nuestras investigaciones, aprovechar todas las ocasiones que se nos ofrezcan para tratar con gente del pueblo, apuntar los datos inmediatamente de recogerlos, hacer informaciones metódicas hasta que se agote la materia, como si nunca hubiéramos de volver más a ver al informante, ni encontrarnos en aquel lugar.

5. Se obtiene poco o ningún éxito haciendo preguntas abstractas a las que no suelen estar acostumbradas las personas del pueblo. Es necesario preguntarles en concreto, poniendo ejemplos adecuados, refiriéndoles casos que sepamos de otros pueblos. Con esto recordarán nuestros informantes muchos datos que de otra suerte quedarían ocultos para nosotros.

6. Es preciso atender, no sólo a las creencias, usos y técnicas

colectivas, sino también a las manifestaciones individuales. Estas nos darán a conocer más íntimamente el fenómeno de la *plasticidad*, o sea la tendencia a aceptar ideas nuevas; fenómeno, cuyo estudio es tan interesante para la psicología experimental, como también lo es el del *conservatismo* o la adherencia del pueblo a las antiguas costumbres y creencias (1). Observaremos, pues, de qué manera el individuo, como tal, se desarrolla en medio de la vida de todo un pueblo; qué posición adopta frente a las creencias y prácticas colectivas; si se deja influir por ellas y hasta qué grado; si él influye en los usos colectivos y cómo; si crea producciones nuevas y originales, y si trata de ganar prosélitos y en qué forma. Al tomar nota de una creencia o de una costumbre, será conveniente preguntar si se conocen hechos ocurridos al informante, y apuntarlos detalladamente en caso afirmativo (2). A este propósito serían muy de desear monografías que comprendiesen la vida cultural íntegra de individuos cuidadosamente seleccionados. Únicamente así llegaremos a conocer la vida interior de un ciclo cultural.

7. Según se desprende de la instrucción del párrafo anterior, no hemos de contentarnos con solo recoger el material escueto; procuraremos, además, averiguar en cada caso la interpretación que el pueblo o el informante le da. Así, cuando nos informen de la costumbre de introducir la punta de un tizón en el agua recogida de noche en la fuente, y no beberla sin antes cumplir este requisito, preguntaremos por la finalidad de tal práctica y por los efectos que a ella se atribuyen. Al copiar o fotografiar los dibujos de un vaso, el bordado de una prenda, etc., preguntaremos por su significación. La interpretación popular da muchas veces la clave de objetos y prácticas cuya significación quedaría ignorada sin ella. Por haber olvidado esta regla se incurre con frecuencia en interpretaciones falsas, o cuando menos aventuradas. De tal puede calificarse la que da el Sr. Frankowski (*Sistematización de los ritos usados en las ceremonias populares*, página 10) al incluir entre los ritos de magia simpática el hecho de «un ma-

(1) Detallada descripción de estos dos fenómenos la hace R. Rivers; *Conservatism and Plasticity* («Folk-Lore», vol. XXXII, pág. 10. Londres, 1921).

(2) W. Schmidt: *L' étude de l' Ethnologie* («Semaine d' Ethnologie religieuse II.ª session», pág. 45-49. París, 1914).

rinero vasco que estando en peligro de ahogarse, ofrece como exvoto a la Virgen un pequeño bote». Esta costumbre habrá sido inspirada en su origen, allá en tiempos prehistóricos, por el espíritu mágico, y aún continuará siéndolo tal vez en muchos sitios; pero si se va a indagar la mente del marinero vasco, se verá que en la promesa que hace a la Virgen no interviene la magia, sino un sentimiento genuinamente religioso. Una misma práctica puede ser mágica o religiosa, según sea la mente del que la ejecuta.

8. Como no existe una persona que se haya hecho eco de todas las tradiciones de su pueblo, por pequeño que éste sea, nos será preciso extender nuestras pesquisas a muchos individuos, a muchas regiones y aun a diferentes épocas. Además, tomaremos nota, en cuanto nos sea posible, de todas las variantes de los datos ya recogidos.

9. Debemos apuntar los datos al pie de la letra, sin añadir ni omitir ninguna circunstancia. Tampoco los modificaremos so pretexto de embellecer el pensamiento o la expresión, lo cual sería falsear los materiales sobre los que se ha de asentar la ciencia. Hemos de ser en esto como aquel que pinta un paisaje al natural. No importa que algunos datos nos parezcan de escaso valor: lo que hoy creemos inútil, mañana nos puede parecer, y será tal vez, de mucho interés.

10. No hemos de despreciar los datos porque los conozcamos ya de otras localidades. En todo caso nos servirán para determinar su área de distribución, labor de excepcional interés muchas veces, como es fácil suponer.

11. No confiemos los datos a la memoria. En cuanto los conozcamos, apuntémoslos en un papel o cuadernito que siempre llevaremos en el bolsillo. Al lado de cada dato escribiremos el nombre, la edad, la naturaleza y grado de cultura literaria del informante y la fecha de la investigación.

12. Las leyendas, cuentos, fórmulas y refranes se han de transcribir en la misma lengua y dialecto en que los refiere el pueblo.

Reglas particulares

Canciones.—La canción ha de ser recogida con su letra y música: ambas cosas se completan mutuamente, y por lo tanto han de ir jun-

tas. Esto no quiere decir que cuando no podamos transcribir la tonada, hayamos de despreciar la letra o viceversa.

Guardémonos de incurrir en la grave falta, imperdonable en un folklorista, de interpretar o completar por nuestra cuenta lo que sólo en fragmentos se halla en el pueblo.

Costumbres.—Convendrá a veces obtener fotografías de ciertas actitudes, fases o escenas en los juegos, en las prácticas religiosas y mágicas, en el uso de ciertos objetos, en manipulaciones técnicas y, en general, en todos aquellos casos en que la descripción oral o escrita es insuficiente para dar clara idea del dato folklórico. La fotografía y, sobre todo, el cinematógrafo suelen ser excelentes medios de recolección etnográfica en tales ocasiones.

Medicina popular.—Tratándose de datos referentes a la medicina popular en que intervienen yerbas, minerales, etc., es preciso que al lado del nombre vulgar de cada objeto se apunte el científico; para lo cual, si el folklorista no pudiese clasificar por sí mismo las yerbas, minerales, animales, etc., que entraren en sus datos, habrá de consultar con personas especializadas en estas materias.

Arte popular y folklore material.—Los folkloristas se han limitado generalmente a estudiar las manifestaciones espirituales contenidas en las costumbres y en la tradición oral, dejando a un lado los objetos materiales, producto de industrias y artes populares. La forma del arado no ha llamado la atención del folklorista, sino los ritos que el labrador practica al colocarlo en la pieza o al empezar la roturación de la tierra. En este sentido se toma todavía el Folklore en el prospecto de «The Folk-Lore Society» de Londres, publicado en abril de 1921. Mas yo creo que aun los objetos materiales, en que ha dejado su sello el pensamiento popular, entran bien en el campo del Folklore, y que por lo tanto, debiéramos extender nuestras investigaciones a las técnicas populares y a las producciones artísticas e industriales, las cuales del mismo modo que las otras manifestaciones, ostentan vestigios de culturas anteriores y son muchas veces fiel expresión de la psicología del pueblo.

Cuando se trata de datos de este género conviene, más que en ningún otro caso, obtener fotografías y dibujos, y aun recoger los objetos con destino a algún museo etnográfico; pues

las descripciones suelen resultar insuficientes para dar idea exacta del funcionamiento y de la forma de muchos artefactos.

CUESTIONARIOS

Para realizar metódicamente nuestras informaciones nos ayudarán los cuestionarios o programas de investigación folklórica que se reducen a una serie de preguntas sistemáticamente ordenadas acerca de una rama del Folklore. (1)

Para las contestaciones es recomendable el uso de papeletas, porque así se facilita la ordenación y la catalogación de los materiales. En este caso nunca se ha de apuntar más que una contestación en cada papeleta, escribiendo sólo en una cara; si bien podremos emplear varias papeletas para el dato que no cupiese en una.

He aquí una contestación a la pregunta «Vasijas empleadas en la cocción [de la leche]...» del cuestionario n.º 3 de la *Sociedad de Estudios Vascos*:

LUGAR DE INVESTIGACIÓN: *Galárreta (Alava)*. NOMBRE DEL COLECTOR: *Asunción S. de Adana*.

«Para cocer la leche emplean los pastores unas calderas de pequeñas dimensiones (*peritza*) que suelen ser de hierro, de bronce o de latón (*peritz oria*). También está en uso todavía una vasija de madera llamada *potora*, donde cuecen la leche introduciendo en el seno del líquido unas piedras redondas rusientes (*esne ariak*). Cuando no tienen a mano ninguna vasija, ordeñan las ovejas haciendo caer la leche en hoyos de peñas, y allí la cuecen con las dichas piedras rusientes. Conozco un peñasco en el monte *Itxurdintxa* que ostenta un hoyo regular, donde un viejo pastor de Galafeta solía cocer la leche del modo que se ha dicho.»

(Recogido por el testigo presencial D. Asunción Sáez de Adana, de Galafeta [Alava], 1921).

III

CLASIFICACIÓN Y CATALOGACIÓN

Es muchas veces labor sumamente difícil la clasificación de los datos folklóricos en series naturales de los diferentes conocimientos

(1) Son varios los cuestionarios publicados hasta ahora para investigar el saber popular vasco. A la «Sociedad de Estudios Vascos» se deben los titulados «Matrimonio» (año 1919), «Las artes de la lana entre los pastores» (redactado en 1920 por D. José de Aguirre), «La industria quesera entre los pastores» (1921, redactado por id.). En 1920 fué publicado por mí el cuestionario «Literatura oral del pueblo vasco» y en 1921 los titulados *Eusko-Folklore*, publicación mensual, cuya impresión costea la «Sociedad de Estudios Vascos». Ultimamente, en el mes de diciembre, la SOCIEDAD DE EUSKO-FOLKLORE publicó el «Cuestionario para las Vacaciones de Navidad».

humanos. Las agrupaciones por orden alfabético de los informantes o de los colaboradores y por regiones o grupos étnicos son las más fáciles. La catalogación por orden de materias exige a cada paso estudios especiales en diversísimos ramos de la Ciencia, además de un exquisito tino en la aplicación de las reglas o principios de interpretación.

Principios de interpretación.

El P. Pinard, S. J., expuso, primero en la revista internacional de Etnología «Anthropos» en 1910, y después en una de las conferencias que dió en la «Semana de Etnología religiosa» celebrada en Lovaina el año 1912, los principios que han de tenerse en cuenta para la interpretación científica de los datos etnográficos.

1.º *Primacia del elemento invisible.* En toda obra humana la primacía corresponde al alma, es decir, a la idea o dogma que la inspira. Dos prácticas, dos ritos semejantes y hasta idénticos pueden proceder de dos ideas o creencias completamente diferentes y aun opuestas. La idea de un Dios, Padre amoroso, Criador del Cielo y de la Tierra, induce a uno a postrarse delante de Él y ofrecerle las primicias de sus bienes; la idea de un dios maléfico, airado, induce a otro a practicar lo mismo con el fin de aplacar su enojo: las ideas son bien distintas, el rito es idéntico en ambos casos.

Por lo tanto, cuando tratemos de interpretar un objeto, una práctica, nos será preciso averiguar la idea que los inspiró, sin dejarnos llevar demasiado de semejanzas materiales, ni de la manía de querer abrir todas las puertas con una sola llave.

2.º *Unidad orgánica.* En un conjunto orgánico (litúrgico, dogmático, artístico, etc.) no se pueden entender bien las partes aisladamente tomadas: hay que compararlas entre sí y con todo el conjunto. Únicamente así comprenderemos todo el alcance de ciertas manifestaciones folklóricas.

3.º *Uniformidad natural.* La uniformidad de ciertas manifestaciones revela únicamente la identidad funcional de la naturaleza hu-

mana bajo todos los cielos y en todos los tiempos. El uso de la comida remonta a la más alta antigüedad. ¿Habrá necesidad de buscar su inventor y de hablar de plagiarios? Del mismo modo, cada vez que un rito se reduce a un simbolismo elemental, o las ideas a una concepción obvia, es inútil hablar de importaciones y deplorable perder el tiempo en disertar sobre cuestiones de origen. Así, el uso del agua para lustraciones nace espontáneamente en todos los tiempos y en todos los lugares. Lo mismo se ha de decir de multitud de prácticas de magia, oblacones, ex-votos, pensamientos elementales, etc., que constituyen los caracteres primarios de los elementos culturales.

4.º *Dependencia o individuación.* Cuando una creencia, leyenda, práctica o industria se halla individualizada por rasgos especiales, no se puede dudar de que el conjunto, al menos, no ha podido ser inventado dos veces. En tal caso se podrá abordar el problema de los orígenes y desarrollo de los elementos culturales.

5.º *Originalidad.* La verdadera originalidad no consiste necesariamente en producir cosas nuevas, sino en presentar de un modo nuevo los elementos ya inventados o conocidos de todos. Todo es de todos menos el genio, que marca con un sello personal los elementos culturales.

Por eso es muy difícil hallar temas o asuntos nuevos y exclusivos de un pueblo; pero no lo es tanto, si se trata de ciertos rasgos que todo grupo étnico imprime a la larga a las producciones culturales de carácter general. Así se explica la existencia de áreas culturales y provincias temáticas.

No hemos de contentarnos, pues, con solo determinar la mutua dependencia de ciertos ritos, creencias, producciones artísticas, etc.; todavía hemos de avanzar más hasta conocer dónde se hallan la originalidad y el genio que los produjo.

6.º *Trascendencia.* Al tratar del problema de la originalidad, conviene tener presente, como conclusión filosófica, la posibilidad de fenómenos de orden trascendental que constituyen excepciones en el curso ordinario de las manifestaciones culturales, y que sólo son explicables por la intervención de un agente superior.

IV

ESTUDIOS ESPECIALES

La interpretación escueta de datos folklóricos es el grado ínfimo del conocimiento a que podemos aspirar en estos estudios. El investigador que quiera realizar labor más elevada y obtener resultados verdaderamente científicos, ha de tender su mirada sobre el conjunto de las manifestaciones populares, ha de realizar estudios comparativos y familiarizarse con juicios y operaciones, de carácter más general si se quiere, pero siempre ajustadas a las realidades que estudia. Así logrará adquirir conocimientos precisos, a la vez que profundos, acerca de la literatura oral y gustos populares, descubrir leyes psicológicas y recomponer antiquísimas culturas de la humanidad. De ese modo, en el fondo oscuro de nuestras tradiciones sabrá distinguir elementos de origen cristiano, mezclados tal vez con fragmentos de culturas orientales, con creencias y leyendas de los pueblos del Norte y con producciones del antiguo paganismo indígena. La frase degenerada e incompleta, el conjuro desprovisto de sentido, la creencia muchas veces absurda, la leyenda extravagante y ridícula, el adorno o dibujo rústico y mal trazado encerrarán para él una enseñanza, un dato, una noticia que le pondrá en contacto con otras generaciones, o le dará la clave de ese misterioso secreto que encubre al alma humana. Con esto ya no dará exagerada importancia al aparato y brillantez con que muchas veces se muestran los acontecimientos en la historia: más le interesará conocer ese otro movimiento oscuro y lento, pero enérgico y constante, con que se desarrolla la vida de los pueblos.

HISTORIA CULTURAL

Caracteres primarios o elementales de la cultura.

Sirviéndonos del principio de *uniformidad natural* de que hicimos mención arriba, podríamos desde luego formar un grupo con aquellos elementos culturales, cuya concepción, naturaleza y destino son tales

que no se necesita recurrir a influencias de pueblo a pueblo para explicar su difusión por diversos países y su existencia en diferentes épocas. Pertenecen a esta categoría gran parte de las prácticas inspiradas en la magia simpática, muchas creencias animistas, el uso de ciertos objetos que por su naturaleza se prestan a determinados fines (p. e., el empleo del pedernal para cuchillas en los trillos) y tantos fenómenos de carácter elemental que nacen espontáneamente en todos los climas y en todos los tiempos. Así, la práctica de quemar una vela, o de acribillar con alfileres un objeto o figura que represente a una persona, intentando causar daño a ésta, existía entre los griegos del tiempo de Platón como existe todavía en el País Vasco y en los demás pueblos europeos y aun entre los australianos y los negros de Africa.

Caracteres secundarios.

El principio de *dependencia o individuación*, que también formulamos arriba, nos ayudará a formar otro grupo con todas aquellas producciones culturales que no se prestan, como las anteriores, a una concepción obvia, o presentan detalles y circunstancias tales que ni la naturaleza de los objetos, ni su finalidad las exigen. Estos detalles y estas circunstancias son los caracteres secundarios de las culturas. En ellos estriban principalmente las diferencias culturales de los pueblos. Tales son muchas creencias y prácticas de orden religioso; gran parte de leyendas populares (p. e., la de Tártalo o Polifemo); las costumbres referentes a *Olentzero*; la construcción y la forma de las iglesias; y tantísimas producciones artísticas e industriales, cuya existencia en diversos pueblos no puede explicarse por la identidad específica de las tendencias psíquicas del hombre, como pretendían Bastian y los seguidores de su teoría.

Edad relativa de los elementos y ciclos culturales.

La práctica en la investigación y estudio del folklore nos hará conocer que las formaciones antiguas se conservan, a pesar de los cambios y transformaciones, y que rara vez suelen ser totalmente abolidas por creaciones más recientes. El conservatismo, de que ya ha-

blamos arriba, es un hecho bien probado por la historia y la arqueología.

La historia nos proporcionará muchas veces datos preciosos para averiguar la antigüedad de ciertas producciones y seguirles el paso en sus vicisitudes a través de los tiempos,

La arqueología, con sus monumentos y objetos extraídos de las entrañas de la tierra, nos pondrá en presencia de antiguas civilizaciones, cuyas huellas sorprenderemos también en las profundidades de la sociedad actual: en las creencias, prácticas y costumbres tradicionales de las clases menos desarrolladas.

La semejanza entre los elementos culturales de las tribus no civilizadas y los de los pueblos prehistóricos, que nos da a conocer la arqueología, determinó a gran parte de etnólogos modernos a considerar a muchos de los actuales pueblos no civilizados como representantes de antiquísimos estados de cultura por que ha atravesado el género humano. Desde entonces *el estudio etnográfico* de estos pueblos es un poderoso auxiliar para conocer los más antiguos estadios de la cultura humana.

A este propósito escribía L. Giner Arivau en la pág. 218 de su *Contribución al Folk-Lore de Asturias* (Folk-Lore Español, tom. VIII. Madrid, 1886), si bien partiendo de criterio un tanto evolucionista, las siguientes palabras: «Donde más se sorprende el ánimo de los profanos es ante la concordancia de las supersticiones europeas con las de los pueblos salvajes. Ni una sola en éstos que no tenga su semejante entre nosotros, lo mismo la más trivial que la más terrible, la más lógica—si las hay—que la más absurda. Y es que ese estado salvaje no es más que el subsuelo de nuestras ideas y de nuestra civilización actuales, ripio que queda oculto en los cimientos y que cubre el edificio que sobre él se levanta, pero que, a lo mejor, sale a descubierto, brota a flor de tierra cuando cualquier sacudida del terreno conmueve el edificio y abre en él alguna grieta.»

El hecho de hallarse popularizado un dato (una leyenda, p. e.) *en varias regiones muy distantes entre sí*, aboga en favor de la antigüedad del mismo. Semejante fenómeno no podría explicarse sino procediendo de una época lejana. Tal puede decirse de aquel refrán: *Ondo*

eiñen pague at' onduen palue (=del favor hecho el pago, detrás de la puerta palo) y de la fábula que a él se refiere; pues ambos se hallan del mismo modo en Anam que en el País Vasco y sus contornos.

Ocurre con frecuencia que un ciclo cultural *se superponga* a otro de tal suerte que de este último ya no quedan más que vestigios aislados. Estos son hoy restos esporádicos que apenas tienen vitalidad en el ambiente cultural moderno, testigos de una civilización ya modificada y fraccionada. Desde el momento en que conociéramos que un elemento se hallaba en estas circunstancias, habría motivo para suponerle procedente de épocas anteriores. Tenemos, pues, aquí otro medio de barruntar la antigüedad de ciertas manifestaciones.

Estas consideraciones y criterios, aplicados al conjunto de la Etnografía vasca, arrojarán mucha luz al campo de nuestras investigaciones, sobre todo cuando obraren *por vía de convergencia*, o sea, cuando todos concurrieren a la misma solución. Así, pues, será factible reconocer en nuestra civilización, evidentemente compuesta, fragmentos de varias capas culturales, y distinguir en la misma los restos de un ciclo precristiano y aun recomponer parte de la antigua mitología vasca.

Relaciones especiales y cronológicas de las culturas.

Cuando dos grupos étnicos poseen un elemento cultural que en ambos muestra caracteres secundarios semejantes o idénticos, podemos decir que existe un parentesco entre sus culturas. Una tal semejanza o identidad se llama *criterio de forma*, y prueba la existencia de influencias culturales en tiempos pasados.

Cuando las semejanzas existen, no solo en cuanto a un elemento, sino en varios, tendremos el *criterio de cantidad*, que evidentemente viene a confirmar la existencia de dichas influencias.

Con la ayuda de estos *criterios de parentesco* conoceremos las relaciones, que pudiéramos llamar *especiales*, de dos o más culturas.

¿Y las relaciones cronológicas? ¿Cómo determinaremos la edad relativa de las culturas?

Para realizar, siquiera sea de un modo general, esta difícil labor, nos serviremos de los siguientes *criterios de sucesión*.

1.º *Criterio de combinación*.—Cuando dos civilizaciones heterogéneas se mezclan o se tocan en sus fronteras, la cultura resultante es posterior a las dos componentes.

2.º *Criterio de cruzamiento*.—Puede ocurrir que un ciclo o capa cultural atraviese una comarca de cultura diferente, de tal suerte que el área de esta última quede dividida en dos partes, en cuyo caso la primera es posterior a la que ha quedado fraccionada.

Con el auxilio de estos principios o criterios objetivos se ha podido ensayar la determinación de una escala de ciclos culturales de los más primitivos que existen hoy en el mundo: empresa que ha dado ya resultados interesantes que permitirán estudiar en sus orígenes la forma y desarrollo de la religión, de la ciencia, de las artes, de la sociedad, etc.

Esta forma de investigación y de estudios etnológicos recibe el nombre de *método histórico cultural*, cuya exposición razonada puede consultarse en «*Methode der Ethnologie*» de F. Graebner, o en «*L' étude de l' Ethnologie*» (*Semaine d' Ethnologie religieuse, compte-rendu analytique de la 1.ª session tenue à Louvain*. París, 1913) del P. W. Schmidt.

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

La escrupulosa investigación de las manifestaciones culturales, realizada con métodos objetivos, nos llevará, como de la mano, a hacer observaciones psicológicas de gran interés, y nos descubrirá los pliegues más delicados del alma popular.

Conviene, desde luego, tener presente que las producciones populares no son como simple materia bruta, sino manifestaciones vitales sujetas a continuas transformaciones.

Por esta razón, deberíamos encauzar nuestra labor a la exploración de este incesante proceso, al estudio de la variación en las variantes, a la representación cinematográfica de la vida popular, en la

que apareciesen al detalle los fenómenos de la *generación* de los elementos culturales, así como de la *degeneración* y de la *regeneración* de los mismos.

Pondré ejemplos de algunos fenómenos, por los que se verá cómo ciertos hechos, al parecer insignificantes, pueden servir de base a puntos de vista más elevados y aun a conclusiones trascendentales.

* * *

1.º Ciertas prácticas y aun ciertas técnicas artísticas e industriales describen, en su proceso evolutivo, *una trayectoria fija y determinada*, que muchas veces puede expresarse por una fórmula. Diríase que habiendo tenido su origen en la observación de la naturaleza, después el hombre, perdiendo su contacto con ésta, se limitó a imitar más o menos libremente las producciones de sus antecesores, por lo que éstas llegaron a ser verdaderas estilizaciones de antiguos objetos, costumbres o prácticas. Cuanto más olvida el hombre la Naturaleza, tanto menos naturalistas se nos muestran sus obras.

A este propósito podríamos recordar la evolución de los estilos arquitectónicos y de otros ramos del arte.

Muchos objetos, antes útiles al hombre, hoy no tienen más significación que la de puros adornos con formas completamente estilizadas.

Lo mismo ocurre con muchas costumbres. Nuestros antepasados observaron que el rayo no caía en el espino albar tantas veces como en los demás árboles del país. Por eso se introdujo la costumbre de guarecerse debajo del espino durante las tormentas. El espino albar era considerado como árbol bendito. Pero después se obscureció el conocimiento experimental o no supieron interpretar bien el hecho, y atendiendo sólo a la costumbre de guarecerse debajo de aquel árbol para librarse de los rayos, y procediendo por pura imitación, empezaron a colocar ramos de espino en las jambas de las puertas y ventanas de las casas, con lo que se suponía que éstas no serían heridas por el rayo. En nuestros días son frecuentes los casos de pastores que para preservarse del rayo durante las tormentas, colocan sobre su cabeza, debajo de la boina, una flor de espino albar.

* * *

2.º La mayoría de las narraciones o relatos populares en que se desarrolla algún suceso trágico, en que la virtud es hollada, en que sufre el inocente, en que una cruel desgracia aflige a una familia, terminan con el castigo del culpable y la felicidad del oprimido y del inocente.

Esta tendencia popular aplicada al género humano viene a traducirse en grito de la conciencia y en anhelo universal de vida futura.

Como corolario de lo anterior podemos asentar que nuestra alma tiende a representarse el mundo conforme a sus deseos y a sus necesidades o exigencias, sean éstas legítimas o no.

En una leyenda de Ataun se refiere que en cierta ocasión los gentiles de *Jentilbátza* maldijeron a la familia del caserío *Ageře* de aquel pueblo, diciendo que, mientras *Ageře* fuese *Ageře*, no faltaría en aquella casa algún manco o paralítico. Los que esto refieren, añaden que efectivamente nunca ha dejado de cumplirse la maldición. Esto no es cierto, al menos en nuestros días; pero el pueblo continúa afirmándolo, sin preocuparse de averiguar la verdad del caso. Es que el pueblo atribuye eficacia a la maldición de los gentiles, y por consiguiente imagina los hechos, no según la realidad de las cosas, sino según lo que, a su juicio, debiera ocurrir.

* * *

3.º La multiplicidad de personajes a los que en diversas regiones se atribuyen las mismas hazañas, muestra que al atenuarse la memoria de un personaje, la leyenda que se le atribuía, se aplica a otro héroe más famoso. Así refieren en Amurrio la leyenda del fuerte de Mariaka a quien suponen de tan colosales fuerzas que habiéndole preguntado en cierta ocasión un rival suyo que no le conocía dónde vivía el fuerte de Mariaka, apuntóle éste su casa levantando en el aire el arado y los bueyes con que estaba trabajando en la pieza. Lo mismo refieren del fuerte de Arbulo en la llanada de Vitoria, de Ambros-Osma en Abadiano y del gentil de Aitzu en Ataun. Esto demuestra que la leyenda que primitivamente se refería a un solo personaje, ha ido cada pueblo, en el transcurso de los tiempos, atribuyéndola a personajes célebres que se han sucedido en la apreciación popular. Lo mismo se ha de decir de las leyendas del ciclo de Hércules que se re-

fieren a ciertos baxajaunes, jentiles, Sansón, Roldán, etc. Esto es lo que pudiéramos llamar el principio del *reemplazamiento de unos personajes por otros*.

Esta fórmula puede extenderse a diversas prácticas y objetos. Así, las virtudes mágicas que se atribuían antiguamente contra el rayo al hacha de piedra pulimentada, ahora se atribuyen en gran parte del País Vasco al hacha de hierro. Por eso la colocan en el umbral de la puerta durante las tormentas. Este es un fenómeno que pudiéramos llamar de *reemplazamiento de un objeto por otro*. Este proceso llega a veces hasta la completa deslocalización y desindividualización de la leyenda. Quiero decir que se esfuman poco a poco los detalles hasta perderse el nombre del héroe y olvidarse el lugar del suceso: la leyenda se convierte en cuento.

* * *

4.º El pueblo atribuye a los acontecimientos que tienen lugar en su propio país una importancia tan trascendental que los supone como afectando a toda la humanidad o al menos a una parte considerable de ella. Así, según una leyenda de Gefikaiz, la primera guerra que hubo en el mundo tuvo lugar en dicho pueblo con ocasión de la construcción de la iglesia de Zenañuza. La primera lluvia que cayó en el mundo fué después de la aparición de una nube singular a los gentiles de Balenkaleku, según otra leyenda de Segura. El trigo es debido a una arriesgada hazaña de San Martintxiki que lo robó a los Baxajaunes que vivían en una cueva de Ataun, según refieren en este pueblo. Las tronadas tienen su origen en el pozo *Urbión*, según es creencia en la Rioja y en las Amézkoas.

Del mismo modo, el pueblo atribuye, en general, a los acontecimientos históricos una antigüedad remotísima.

* * *

Dejando aparte estas consideraciones generales de psicología popular, todavía podríamos concretar más nuestras miras y enderezar nuestra labor al conocimiento de carácter, de la idiosincrasia, del alma de nuestro pueblo.

Veríamos cómo cada grupo étnico tiene sus peculiares modos de conducirse en presencia de un mismo fenómeno. Un refrán, un dicho,

al parecer insignificante, nos ayudaría muchas veces a descubrir diferencias psicológicas. Para expresar una idea, p. e. la de *producir ruido*, en un pueblo emplean preferentemente la expresión *meter ruido*, y en otro *zarata atara* (=sacar ruido), frases que revelan dos modos diferentes de concebir una misma cosa. Es que cada pueblo posee una suerte de individualidad que se expresa y aun se consolida por la transmisión, de generación en generación, de todos los elementos de su vida cultural.

Del mismo modo podríamos observar, como ya lo dijo muy bien en Oñate el Dr. Aranzadi (1), que las labores tradicionales crean en el pueblo una aptitud especial, hecho importantísimo, que se debe tener presente, si se quiere hermanar la marcha de la vida colectiva con la tradición, verdadera base del progreso.

Mientras no se hagan estas investigaciones y estudios hay que desconfiar de toda obra y de todo artículo en que se trate de presentar trabajos sintéticos acerca del alma popular vasca, pretensión extraña e intento prematuro a que tan aficionada se muestra la generación actual.

ESTUDIOS LITERARIOS

En materia literaria el folklore recoge y estudia la producción colectiva y anónima (2).

Al comparar entre sí las diversas manifestaciones literarias de un pueblo, llama singularmente la atención el fenómeno de la doble corriente, influencias de lo popular sobre la literatura escrita y viceversa.

En esto se realiza la ley general del desarrollo de las civilizaciones.

Figurémonos una cultura, un conjunto de ideas, sentimientos, técnicas y artes: conjunto anónimo, que el pueblo posee y transmite inconscientemente. Pero existen en ese pueblo individuos que, sin divorciarse del ambiente que les rodea, antes haciéndose eco de él, son más conscientes y de mayores aptitudes que la generalidad. Los tales

(1) *Etnografía* («Primer Congreso de Estudios Vascos», pág. 373-374. Bilbao, 1919-1920).

(2) Van Gennep: *La Formation des Légendes*, pág. 5. París, 1917.

luego se constituyen en intérpretes de la conciencia popular, modelan y modifican sus valores, y aunque nada crean en general, individualizan al menos el fondo común de la tradición. El producto así modificado, acuñado e individualizado, luego es lanzado al público, entra en la circulación general, desciende al pueblo de donde originariamente procedió. Tal es la historia de muchas de las más famosas producciones literarias que se conocen: las creó el espíritu popular, las modificó e individualizó el genio, el cual después las restituyó al pueblo.

Los poemas épicos más renombrados han nacido de la coordinación y combinación de viejos cantos populares. De esta producción colectiva y anónima tomaron sus más valiosos elementos tanto Homero para su *Hilada* como Goethe para su *Fausto*. No de otra manera procedieron Dante, Shakespeare, Lope de Vega, Calderón, Walter Scott y Byron, que, haciéndose eco de las tradiciones y de los sentimientos de su época y de su pueblo, llegaron a dar forma a la poesía popular, ennoblecieron las invenciones de la multitud y así consiguieron producir obras de mérito incomparable, de fama universal.

JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN.

